

LA MUERTE EN LOS LÁBIOS

(Tragedia del segundo día de Carnaval en Montevideo)

Desde la víspera del Domingo de Carnaval, Ida de la Vega habia ido á parar en casa de Maria Valdés, su amiga íntima, de su misma edad, con quien iba á compartir las alegrías y fiestas de esos días de bullicio.

Ida de la Vega era una niña escepcionalmente bella. Contaba apenas diez y siete años, y empezaba recién á girar en la esfera de la vida, saliendo del retraimiento á que su humildad de posicion la condenaba, y despertando á su paso murmullos de admiracion y de codicia, como despierta el sol naciente himnos de alabanza en toda la naturaleza. Era alta, esbelta, de formas mórbidas, con ojos negros de mirar altivo, ligeramente moreno y sonrosado el rostro, al que hacia marco una espléndida cabellera oscura.

Era hija de don Cárlos de la Vega, antiguo educacionista y cuyo colegio fué un tiempo concurrido por muchos de los jóvenes que hoy figuran en la buena sociedad. Don Cárlos envejeció en la ruda tarea del magisterio, que no le dejó más que achaques y pobreza, muriendo pocos años há sin dejar á su familia más fortuna que el recuerdo de su nombre, conservado con cariño por todos los que tuvieron ocasion de apreciar su bondad paternal para con todos. Pobre don Cárlos! Lo recuerdo como si lo estuviese viendo, con su cara ancha, su calva lustrosa, arrastrando en los últimos años su pesado cuerpo con paso tardo, acariciando á todos los niños que encontraba, como si en cada uno de ellos viese un hijo.

Su familia quedó pobre, sin más apoyo que el que le prestaba el hijo mayor, empleado en Buenos Aires en la administracion nacional, y que murió trágicamente, solo, sin auxilio de ningun género. Padecia desde su niñez de ataques epilépticos, y una noche, en la soledad del cuarto en que vivia, fué presa de un acceso y revolviéndose en la cama en medio de las convulsiones, quedó con la cabeza colgante, posicion en que lo encontraron al dia siguiente los moradores de la casa, amoratada la faz con la sangre que se habia agolpado en las largas horas que permaneció en aquella actitud. Estaba muerto!

La muerte de este jóven fué un golpe terrible para la familia del pobre don Cárlos de la Vega, pues perdía con él no solo las afecciones de un ser querido, sinó tambien el apoyo material que les prestaba para el sosten de la vida.

Vivia la familia de la Vega en una casita humilde, en la esquina que forman las calles 25 de Mayo y Colon, en los altos de una tienda pequeña, y en los estrechos balcones de aquella vivienda fué donde empezó Ida á mostrar su radiante belleza, atrayendo las miradas de cuantos pasaban y empezó su nombre á sonar como el de una de las que más habian de sobresalir entre las jóvenes de su generacion.

El sábado por la noche estuvo en el *Club Español*, distinguiéndose por su hermosura, que ella llevaba con cierta altivez, como de mujer que sabe que triunfa. Nacida apenas á la vida, habia oido ya todos los halagos que acarician á la belleza, y recorría las alegres horas de la juventud llena de felicidad, satisfecho su amor propio de mujer, sonrientes los labios á las admiraciones de los hombres y á las envidias de las de su sexo, y sonriente el corazón que palpita ya agitado por los sentimientos que en él habia sabido despertar un estimable joven, de muy buena posicion social y de fortuna. Tales eran los halagos y los encantos que rodeaban á Ida de la Vega en la noche del lunes pasado, en que se aprontaba para asistir al segundo baile de máscaras que el *Club Español* ofrecia á la sociedad montevideana.

Habia ido al primero vestida con un traje de seda rojo, cubierto con un tul negro estrellado de oro, que favorecia mucho su belleza meridional. De tono más bajo era el que habia de llevar en la noche del lunes: vestido rosado con caperuza del mismo color armada la delantera en forma de casco, llenando el hueco que hacia el pico un ramo de pimpollos de rosas color carne.

La vestia su amiga íntima Maria Valdes, y la arreglaban con todo el mimo y coquetería de que es capaz una hermana para hacer brillar á la suya. Ella la peinó cuidadosamente, le recogió las faldas del vestido en elegantes pliegues, le colocó el ramo de rosas que anidaba en el ángulo de la caperuza, y á cada nuevo adorno que agregaba, se apartaba de ella para contemplarla, haciendo exclamaciones de admiracion al ver el realce que su belleza cobraba á medida que la ataviaba.

La pieza en que esta escena pasaba es la que cuadra el pátio de la casa; una pieza tan ancha como larga, de unas seis varas por cada lado. La puerta se abre sobre el zaguan que liga los dos pátios. Sobre el primero se abren dos ventanas, en cuyas rejías se entretienen las guías de una madre selva. La pared que mira al otro pátio, es completamente cerrada.

Habia en la pieza dos camas sobre la pared del fondo. La una vacía, esparramados sobre la colcha los adornos y retazos de los trajes de baile. En la otra yacia una anciana, la abuela de Maria Valdés, achacosa ya, y que postrada en el lecho por el peso de los años, habia querido presenciar el atavío de las jóvenes, pidiéndoles que fuesen á vestirse en su cuarto.

Además de Ida de la Vega, vestíase allí mismo la señorita Corina Lopez, ayudada por su amiga Elisa Muñoz, que tambien vivía en la casa, emparentada de cerca con la familia de Valdés.

Ni Elisa Muñoz, ni Maria Valdés iban al baile. Se entretenían ambas en adornar á sus amigas, y estaban ya en los últimos preparativos, cuando entró en la pieza el joven José Maria Silva y Antuña, muy allegado á la casa, y que era uno de los que habian de acompañar á las señoritas.

Silva no tenia que hacer más arreglo que el de echarse encima un dominó, pero antes de hacerlo, sacó de la cintura una pistola que usa habitualmente de noche, por vivir en el campo.

Era un revólver pequeño, uno de estos *cachorros*, de cinco tiros, nikelado, de un calibre de nueve milímetros. Silva puso el arma sobre una pequeña mesa que estaba recostada á la pared lateral de la pieza, se echó el dominó sobre su traje de calle, y como no hubiese allí un espejo de cuerpo entero en que mirarse, salió para la ante-sala de la casa, y allí frente á un gran espejo estaba atándose la careta, cuando le sorprendió una detonacion que estalló á muy pocos pasos de él.

¿Qué habia pasado?

Eran las doce de la noche.

Volvamos un minuto atrás. Ida de la Vega estaba ya vestida y adornada, casi en el centro de la pieza, teniendo en la mano el antifaz con que habia de cubrir su rostro. Elisa Muñoz ponía en orden los vestidos esparcidos sobre su cama. Maria Valdés contemplaba estasiada á su amiga, á quien llamaba siempre *la marquesa*.

De repente, vé el revólver de Silva sobre la mesita, lo toma, y apunta á su amiga le dice:

—Marquesa, estás tan divina, que te voy á matar!

Y con el último acento partió el tiro. Ida de la Vega cae de espaldas. Elisa Muñoz queda atónita sin darse cuenta de lo que ocurre. La anciana se incorpora en el lecho con los ojos saltados por el espanto. Maria Valdez tira el revólver, y dando un grito estridente, se arroja sobre el cuerpo exánime de su amiga querida.

Corina Lopez, que habia salido de la pieza minutos antes en busca de su antifaz, corre presurosa y queda terrorizada ante el grupo. Silva se arranca la careta, acude al teatro del suceso, levanta á Ida, palpa su cuerpo por todos lados, y dice:

—No es nada. Está desmayada. No tiene herida ninguna.

Pero al enderezar á la niña vé que por su frente resbala un hilo de sangre. El proyectil habia penetrado en el cráneo, en arranque del cabello. Al espanto del primer momento, sucede una escena de afliccion horrible. Maria, la heridora, delira entre espasmos convulsivos. «Si! yo vi salir la bala, y quise agarrarla con mis manos; pero ya era tarde»...

Se buscan médicos inmediatamente. Acuden Visca, Crispo Brandis, Martinez, Brian. La herida no dá más señal de vida que lentos latidos del corazón.

Ni un movimiento, ni un acento, ni una mirada. Apenas si al sentir la sonda con que el doctor Martinez mide la profundidad y direccion de la herida, hace la victima alguna contorsion de dolor.

Y en tanto que la ciencia apura sus medios por rescatar aquella vida, la desesperacion de las presentes alcanza las proporciones de una de esas tragedias legendarias. Es horriblemente conmovedora la afliccion de la madre, de la hija, de las amigas, de la anciana á quien el terror conserva incorporada, olvidada de sus achaques para dar espansion á su dolor.

¿Qué decir á la madre, á las hermanas de la victima? ¿Cómo evidenciarles la inocencia de aquella pobre niña que se debate entre las contorsiones del delirio?

Los médicos no pueden hacer nada. Ida muere entre el grupo que la rodea, en un estertor, sin una de esas miradas supremas en que parece que los ojos se abren á la eternidad. Y bañada en su sangre, estaba aún má hermosa que ataviada con las galas de su traje.

Unas horas después, precisamente en la hora en que por las anchas escalinatas del *Club Español* bajaba la turba alegre y bulliciosa de las máscaras que poblaban sus salones, Ida de la Vega, la niña encantadora, la que debió brillar como reina en aquella fiesta, estaba en medio de la casa de Valdes rodeada de cirios,

toda vestida de blanco
dentro de una caja estrecha,

trocadas las rosas encarnadas que adornaban su frente por una corona de azahares, cándidos como sus ensueños y puros como sus sentimientos.

Y así la llevaron hasta su última morada, donde quedaron para siempre enterradas su juventud y su belleza.

Un sentimiento de curiosidad me llevó á visitar la pieza que fué teatro de esta terrible escena. Allí estaba el traje que vestía Ida de la Vega todo manchado de sangre, ensangrentado el escote de la bata que cubría su seno, teñido de sangre el corsé que aprisionaba su talle, y de sangre jaspados los pétalos de las rosas anidadas en su frente de virgen.

Reinaba allí todo el desorden propio de la escena que se habia desarrollado. Se adivinaba en aquel revoltijo de de trajes, de tiestos, de sillas caídas, de muebles fuera de su sitio, toda la confusion de los primeros momentos, y grandes manchas de sangre dibujadas sobre la alfombra que tapizaba el piso, denunciaban el sitio en que habia caído

aquella victima de la... ¿de la qué?... ¿imprudencia?... ¿irreflexion?... no sé como decir.

Pero hay un antecedente que hasta cierto punto explica el hecho. Maria Valdés tenia hecho el propósito de asistir al baile del *Club Uruguay* vestida de calabresa. Era un capricho, una idea que le habia venido y que sin duda la halagaba por corresponder su tipo al traje que habia adoptado. El día antes, manifestando su propósito á José Maria Silva y Antuña, le habia pedido que le prestase su revólver, que ella pensaba llevar colgado á la cintura. Silva sacó las balas del revólver, y se lo entregó, explicándole el mecanismo con que se disparaba el tiro. Maria Valdes jugó un momento con el arma, y en seguida la devolvió á su dueño, comprometiéndolo á que habia de prestársela para la noche del baile. Es seguro que á la noche siguiente, al ver el revólver, creyó Maria que estaba descargada como en la vispera, y por asustar á su amiga querida, le apuntó irreflexivamente, partiendo el tiro fatal que tan horribles consecuencias tuvo.

Tales son los detalles de esta tragedia que ha conternado á la sociedad de Montevideo, por la notoriedad de los personas que en ella han sido actoras. De Ida de la Vega, ya expliqué los orígenes. En cuanto á la otra protagonista Maria Valdes, pertenece á una familia respectabilísima.

Es hija del coronel don Juan Valdes, y doña Virginia Muñoz, señora muy relacionada, en esta ciudad. Maria no cuenta aún diez y ocho años, es muy agraciada, llena de atractivos, y profesaba á su amiga un cariño entrañable. Ella era la que siempre la ataviaba para que luciese su belleza, que era la primera en pregonar.

La justicia nada ha tenido que hacer en este trance. Hay una victima, pero no hay delincuente. La casualidad, la fatalidad, alguno de esos medios inconscientes que intervienen en la trabazon de los hechos de la vida, es la causa determinante de esta desgracia, cuya autora se agita en medio de contorsiones delirantes para caer poco después en una atonia más desesperante aun que el delirio.

He narrado sencillamente lo sucedido, sin agregar ni el más insignificante detalle que haga más dramática la escena de lo que realmente fué. Y cierro sin hacer ningun comentario, impresionado todavia por la realidad que he palpado al visitar el teatro de tan horrible suceso.

SANSON CARRASCO.

Al Sr. Dn. Ricardo Sanchez

A la plácida sombra
Estaba yo de una florida acacia,
Dando tréguña á mis cuitas,
Cuando noté con emocion extraña,
Que bajo á la solera
De un granero inmediato á aquella planta,
Elaboraba su preciado nido
Una pareja de avecillas pardas.

Ví con cuanto alborozo
En amantes coloquios se quedaban
Y luego proseguían
Con recíproco ardor la obra empezada;
Mas de pronto obligado
Vine á dejar el sitio que ocupaba,
Y camino á mi hogar tomé, sintiendo
Dejar tambien las avecillas cástas.

Pasaron muchos dias
Desde aquel en que ufano las mirara,
Mas torné al sitio, luego
Que trascurrido hubieron tres semanas;
Muy cercano á la sombra
Me hallaba ya de la florida planta,
Cuando sentí un murmullo que partía
De la solera donde el nido estaba.

Volví hácia éste los ojos